

RAVIOLES

Clara Maranzano

Cuando mi primo Alejo cumplió siete años, un día se dio cuenta de que tenía una lengua larga y peligrosa como un látigo, y que las palabras que podía decir con esa lengua a veces sonaban como cachetazos picantes, y a veces cortaban como cuchillos.

Mis tíos también se dieron cuenta y como son gente práctica, enseguida decidieron escribir una lista con todas las palabras que Alejo no podría decir, las palabras prohibidas. Al tope de la lista figuraban, por supuesto, todas las palabras con las que se puede lastimar a los demás, las palabras que ofenden, las que ponen triste, las que hacen llorar o las que sirven para iniciar peleas a puñetazos, o también las que se usan para burlarse de un compañero, las que Alejo repetía a veces sin saber bien qué querían decir, pero que sonaban inmensas y groseras, con olor a podrido.

Mis tíos le mostraron la lista a Alejo y entre los tres la guardaron en un cofre con llave, en el ropero de mi primo, con la condición de que podía abrirlo y sacar todas las palabras que quisiera sólo cuando estuviera muy enojado, para usarlas en su habitación, como quien descarga patadas al aire. Así los demás estarían a salvo de la lengua larga y las palabras hirientes.

Todo quedó entonces bastante ordenado, no había confusión entre las palabras prohibidas y las otras, las inofensivas, las de todos los días.

Hasta que.

Hasta que una tarde de agosto mi tía pasó por la fábrica de pastas frescas, volvió a su casa, preparó una salsa de tomates que con su perfume a laurel hacía agua la boca de los vecinos cuando pasaban por el tercer piso, y Alejo preguntó desde su cuarto, sin dejar de dibujar:

-¿Qué vamos a comer hoy, má?

- Ravioles –respondió mi tía con total inocencia, revolviendo la salsa con una cuchara de madera.

-¿Ravioles?! –repitió mi primo dando un brinco, sin poder disimular el asco.

Un plato se cayó de la mesada de la cocina justo en ese momento y mi tía también se sobresaltó.

-¡Ay! Rompí un plato, no sé cómo hice, ni me di cuenta... -mi tía se agachó y empezó a juntar los pedazos, uno por uno.

Alejo apareció en la puerta de la cocina, estaba muy serio.

-Ma, ¿te acordás de esa noche que vomité?

-Mmmmh...

-¿Te acordás que después estuve enfermo, con fiebre?

-Claro que me acuerdo –dijo mi tía tirando con mucho cuidado los pedazos del plato a la basura.-Fue un virus, te lo explicó el médico.

-Yo creo que no... A mi me parece que fueron los... que comí esa vez...

-¿Qué fueron los qué? –preguntó mi tía sacando dos cajitas de la heladera.

-Que fueron ésos que comí esa noche... -terminó mi primo señalando las cajitas de la fábrica de pastas.

-¿Los ravioles? –preguntó mi tía mirando sorprendida a Alejo.

-¡No lo digas! –alcanzó a gritar él, pero fue tarde, la lamparita de la cocina que colgaba del techo, detrás de una coqueta pantalla celeste, titiló con fuerza y se apagó de pronto.

-¡Ay! Lo que faltaba, se quemó el foco. Voy a buscar otro –anunció mi tía. Cuando volvió con una lamparita nueva en la mano, trepó a un banquito y mientras la cambiaba empezó a decir:

-Mirá Alejo, lo que te pasó ese día no tenía nada que ver con la comida, era un virus que ya estaba en tu pancita...

Pero Alejo seguía muy serio y quieto junto a la puerta, y casi mordiéndose su lengua larga y peligrosa murmuró, masticando cada sílaba:

-No-me-gus-tan-los-ra-vio-les.

Y fue en ese preciso momento que la tapa de la olla donde se calentaba el agua voló, con una fuerza de cohete, hasta golpear contra el techo de la cocina, y toda el agua que ya hervía empezó a brincar fuera de la olla, apagando la hornalla.

Mi tía, que siempre tuvo buenos reflejos, primero abarajó la tapa de acero inoxidable que ahora caía como un meteorito y después cerró el gas. Se dio vuelta muy tranquila, miró a mi primo a los ojos y le dijo:

-Me parece que estás confundido, pero bueno, si no querés comer... esto, te doy una milanesa que quedó del mediodía.

-¡Sí! –exclamó mi primo y recuperó la sonrisa.

Esa noche, cuando llegó mi tío y los tres se sentaron a cenar, el comentario fue inevitable:

-¿Qué pasa, Alejo? ¿No comés ravioles?

Mi tía retuvo el aire y miró alrededor, como esperando algo. De golpe, la copa de mi tío estalló en mil pedacitos brillantes y todo el vino se desparramó sobre el mantel, dejando una mancha color remolacha.

-¡¿Pero qué pasó?! –exclamó mi tío saltando de su silla.

-Nada, nada, querido –repuso mi tía apurándose a poner una servilleta debajo del mantel.-Creo que vamos a tener que agregar otra palabra a la lista prohibida...

Y como mi tío miraba a su esposa y a su hijo sin entender, Alejo se encogió de hombros, y muerto de risa, con un pedazo de milanesa ya listo en el tenedor dijo bajito, como quien prepara una travesura:

-Ravioles, papá.

Mi tía lo miró frunciendo el ceño y susurró:

-Eso no se dice.

Pero ya era tarde, todas las macetas del tercer piso se habían arrojado por el balcón.

Al día siguiente, en el recreo largo, cuando Alejo les contó a sus amigos el poder oculto que había descubierto en su nueva palabra prohibida, de pronto todos empezaron a reírse a carcajadas, pero no de burla, no.

-¡Te entiendo! –exclamó Matías, dándole una palmadita en la espalda. Y después soltó con una risa loca:

-¡Brócoli!

Y la campana de la escuela se puso a repicar furiosamente, aunque nadie tiraba de su cadena.

-¡Matemáticas! –gritó entonces Laurita, viendo que había piedra libre para decir malas palabras, y aunque el ruido de la campana rebotaba en todas las orejas con su presencia de bronce, la palabra se oyó bien clarito justo cuando la maestra de segundo grado llegaba corriendo al patio y caía sentada al resbalar nadie sabe con qué.

-¡Peine fino! –gritó Daniel, agitando su cabeza llena de minúsculos rulos color chocolate, y las canillas de los baños se abrieron todas de golpe.

-¡Madrugar! –chilló Guadalupe, y todas las puertas de las aulas se abrieron y se cerraron con un solo portazo que pareció un disparo de cañón.

Entonces, atraído por el desbande general que imperaba a esas alturas en el patio, apareció el director. Se ajustó los anteojos, estiró su guardapolvo, ayudó a la maestra de segundo grado a levantarse del piso y caminó entre los chicos que ya no se reían tanto.

-¡Orden! ¡Silencio! ¿Pero qué pasa acá? –dijo el director observando con atención a mi primo y sus compañeros, que miraban el piso.

La maestra de tercer grado detuvo la campana (no sin antes sacudirse un poco ella también, aferrada a la cadena enloquecida), la portera corrió a cerrar las canillas en los baños, poco a poco todo fue calmándose en el recreo largo y los chicos fueron a formar.

-Señorita –arrancó entonces el director, que algo entendía de palabras,-creo que hoy tendrá que trabajar más con el vocabulario de sus alumnos.

La maestra de segundo grado, todavía pálida y dolorida, no llegó a entender bien, pero igual susurró:

-Claro, claro, señor director...

-Vamos chicos, a las aulas –dijo entonces el director, y después, un poco más bajo, como para sí mismo: -¡Berenjenas!

Pero se tapó la boca con la mano rapidito, y por suerte, no pasó nada.